

Décimotercio, si bueno es armarse de la oracion antes de conversar, no lo es menos el purificarse con esta despues de haber conversado : *Egredientes hospitio armet oratio, regredientibus de platea oratio occurrat antequam sessio* (Hieron.).

---

## CAPITULO XXVI.

DE LA CONCORDIA ENTRE LOS ECLESIASTICOS.

---

### ARTÍCULO I.

Importancia y belleza de la concordia entre los eclesiásticos.

Si todas las empresas necesitan la union y concordia de los que á ellas cooperan, ninguna con mas certidumbre y de un modo mas absoluto que el servicio de la Iglesia. Como las cuerdas de una citara, importa que formen armonia entre sí los sacerdotes para cantar en maravilloso concierto la gloria de Jesucristo. ¡Felices las parroquias en que los sacerdotes están unidos entre sí y con el párroco! Nunca se hallan mejor servidos los fieles, ni mejor cuidada la Iglesia que cuando estrechamente unidos se hallan los sacerdotes. Uno ayuda al otro; lo que no puede efectuar este, aquel lo consigne, y toda empresa llega así á un resultado feliz, pues para todo hay una mano y un voto unánime. Cada empresa es alabada por los demas, y ninguno se atreve á criticar la obra de un eclesiástico en presencia de sus hermanos, mirando cada una como suya la causa comun. Invenci-

bles son como una roca fortificada, y en vano contra tan santa union estrella su furor el infierno, en vano se esfuerza en separarlos : *Frater qui adjuvatur a fratre quasi civitas firma* (Prov. 18). Uniformes en las máximas y sentimientos se hallan siempre de acuerdo tanto en la propia conducta, como en el gobierno de la parroquia : *Eandem charitatem habentes, unanimes, idipsum sentientes, nihil per contentionem, neque per inanem gloriam, sed in humilitate superiores sibi invicem arbitantes* (Philipp., c. 2, 5). Conversan entre sí, se enseñan, se corrigen reciprocamente, sin que ninguno se ofenda. Los mas virtuosos compadecen los mas débiles. Todos se aman y se abren el corazon de un modo franco y prudente. El dolo, la mala fe, la frialdad de corazon son cosas desconocidas. Apenas nace un resentimiento pasajero, al momento se disipa, é ignoran los seculares una ligera desavenencia que pueda haber ocurrido entre ellos, pues zelosos de su decoro y de la edificacion pública, se respetan sobre todo á los ojos del público, y este admira su union, forma de ella gran concepto, y se afecciona cada vez mas al sacerdocio y á la religion. Las facciones que destrozan tantas otras desgraciadas parroquias, nunca pueden penetrar donde reina la concordia. A todo esto hay que agregar que la union entre los eclesiásticos determina y cimienta la de los fieles, resultando el órden y la paz que atraen la bendicion del Señor.

### ART. II.

Deplorable calamidad es la discordia entre los eclesiásticos.

Quando reina la discordia entre los sacerdotes, todo es confusion y perversidad. Se disfaman unos á otros,

se abandonan, se acechan, se perjudican en todos sus designios, resultando la mala administracion del servicio divino, y la desolacion del párroco que, víctima de tantas ojerizas y rencores, no puede hablar con uno sin disgustar á otro, ni defender á este sin irritar á aquel, no acertando á recibir á uno sin que se ausenten los otros. Y si el monstruo de la discordia llega á azuzar á los sacerdotes contra el párroco, entonces el mal llega á su colmo. Entonces huyen de su casa como de la peste, mientras que frecuentan las de los seculares donde no encuentran ocasion de tratar de mil objetos de religion que sería conveniente y obligatorio que hablasen con el párroco, y sí mil asuntos de disipacion y vanidad mundana.

Aun todo esto es poco comparativamente á otros males mayores. Lo abandonan en sus mayores necesidades; se alegran de verlo estorbado y apurado en el cumplimiento de sus deberes sin que pueda bastar á todo. Lo contradicen en lo tocante á las mismas funciones sagradas, en el recinto del templo, resultando escenas tales en los atrios del Señor que atónitos y afligidos quedan los fieles. Aun no para aquí: como los escribas y sacerdotes de la sinanoga se ocultan entre la plebe para amotinara é inducirla á gritar el *crucifige*. Unas veces lo acusan de no hacer lo suficiente, otras de hacer poco ó hacer mal, ni puede emprender cosa alguna sin ser objeto de sus criticas. El cumplimiento de un deber se vuelve objeto de acusacion. Si protege el pobre suscitan en contra los ricos; si prefiere hallarse con los ricos lo acusan para con los pobres. Todo esto lo ve el gremio de los fieles, y queda escandalizado viendo la oposicion entre su conducta y la moral que predicán. En efecto,

la paz predicán y se hallan continuamente en guerra; obligan á perdonar, y ellos nunca perdonan; se odian entre sí, y cada día al altar acuden. Los sabios y justos gimen, los incrédulos y libertinos aplauden y murmuran á la vez. Mientras que así se odian y amenazan, devorados son unos por otros: *Quod si invicem mordetis, et comeditis, videte ne ab invicem consumamini* (Galat., c. 5). Si esta destruccion no acontece siempre en este mundo, acontecerá en el tribunal de Dios en que unos servirán de condenacion á otros. Tampoco se puede negar que á veces sea el párroco el que produzca y fomente tales desavenencias, mas de cualquier modo no puede envidiarse la suerte de los que tienen la maña de suscitar discordias contra el párroco. Este puede ser culpable, mas los sacerdotes que no saben respetarlo con sus defectos, no aciertan á compadecerlo en lo difícil y penoso de su ministerio, muestran un fondo maligno y provocan el enojo de Dios.

ART. III.

Causas y remedios de la discordia entre los eclesiásticos.

El origen de las discordias reside en las pasiones: ¿De qué proceden la guerra y los pleitos? ¿Acaso no procede de vuestra concupiscencia (Jacob., *ep. cath.*, c. 4, 1)? La avaricia y el orgullo son las dos causas principales, por mas diversas que sean las máscaras y disfraces que empleen estos dos vicios infernales.

El interés es el manantial mas fecundo de disputas y rencillas, y hay que advertir que estas son las mas difíciles de desarraigar y las mas tercas.

Mas ¿valen acaso el reposo y honor de la paz todos

los bienes de la tierra? Nuestra pretension carece tal vez de justicia, y tan solo parece legítima á nuestro amor propio, y á nuestra avaricia, ambas pasiones fruto de nuestra concupiscencia y que ciegan aun á los mas sabios. Todo lo queremos para nosotros sin cuidarnos de los demas y sin considerar que nuestros hermanos tienen tanto derecho como nosotros. Mas aun suponiendo que hayamos recibido una injusticia, ¿es esto un motivo para conservar un continuo rencor y abrigar una saña implacable? ¿No acertaremos á olvidar una ligera ofensa, un vil interés, para vivir en paz con nuestros hermanos y nuestro pastor? La paz es un tesoro que merece que todo se arrostre por conservarlo, y debemos cederlo todo antes que perderlo. *La paz*, decia san Francisco de Sales, *es una mercancía que se debe comprar á todo precio.*

No menos caudaloso es el manantial de la soberbia: *Inter superbos semper jurgia* (Prov., 15, 10).

Para conservar la paz no hay mejor medio que la humildad. Cuando un hombre se humilla y se pone bajo los demas, cuando de nadie juzga mal, raro es que choque y desagrade; al paso que la soberbia inspira una antipatia profunda, y por sus continuos ataques al juicio ageno, suscita continuamente ojerizas profundas y enconadas. Humillemos pues nuestro modo de pensar, y estemos convencidos que solo las inteligencias flacas creen y presumen de si mismas. *Donde hay humildad allí hay sabiduría.* Desconfíais de vos mismo, aguantad que los demas se opongan á vuestra opinion, guardaos de defender vuestro dictamen con ahinco, y no dudeis que mas vale perder el triunfo en una discusion que dejar de progresar en virtud y en mérito. Poco merece el que cede no

teniendo razon, mas mucho el que en posesion de la verdad hace abnegacion de si mismo.

En vuestras altercaciones decid en vuestro interior la *mea culpa* del *confiteor*, pensando que si no habeis sido absolutamente la causa del mal recibido, podeis haberlo sido en parte, ó á lo menos la ocasion; y si ni uno ni otro, y os duele sacrificar vuestro amor propio ó vuestro interés al bien de la paz, volveos á Dios, y con tanta mayor prontitud cuanto mas dificultoso encontreis el remedio, pues, como decia un santo, el crucifijo es *solutio omnium difficultatum*, y nada debe arredrnarnos á los piés del Salvador en la cruz. Creamos que premiará el Hijo de Dios con sus mayores bendiciones un alma que se sacrifica generosamente por su amor.

ART. IV

Continuacion de las discordias causadas por el orgullo de los superiores é inferiores.

El orgullo de los superiores ocasiona el espíritu de dominacion, y el aire de desprecio y altanería con que tratan á los inferiores aleja á estos y los convierte en enemigos. Por nada cuentan los superiores á las personas que les son subordinadas; la menor contradiccion les irrita, hablan con un tono de superioridad afectada que hiere el amor propio de los eclesiásticos que no estan afianzados en la humildad; consideran el grado que ocupan y no la obligacion que tienen de dar buen ejemplo para que los demas avancen en la piedad, y dan siempre órdenes olvidando el dicho de san Felipe Neri: *El que quiere ser obedecido debe mandar poco.*

Mas no es tal el espíritu del sacerdocio que debiera

tener siempre presente la sentencia de Jesucristo : *Sabeis que los principes dominan las naciones, que los grandes las tratan con imperio; mas tal no debe ser entre vosotros : Qui major est vobis fiat sicut minor* (Luc., 22, 26). Los ministros de un Dios que se humilló hasta morir afrentosamente en un madero como un malhechor, deben humillarse á porfia, y rivalizar entre sí en compadecer y servir los que bajo su influencia se hallan. La humildad debe ser en proporción de la dignidad, y los mas elevados deben ser los mas humildes. Tal era cabalmente la opinion de san Gregorio (*Ep.* 76), que aunque sumo pontífice se consideraba siervo de todos los sacerdotes : *Ego cunctorum sacerdotum servus sum*. Así deben ser tratados los eclesiásticos, cuya delicadeza, dice san Francisco de Sales, exige grandes miramientos, y en general las vias de dulzura son las que se debe emplear, sobre todo al tratarse de sacerdotes ancianos, con los cuales importa que un párroco, si bien superior, proceda con mucha modestia, como lo aconsejaba san Pablo á Timoteo : *No increpes al anciano, mas amonéstale como á padre* (1 Timoth., 5, 4). Cuando suplica en vez de mandar el que tiene autoridad para ello, obra mas eficazmente que si mandase.

La soberbia en los inferiores es causa de insubordinacion. Se sustraen á la autoridad legitima de los pastores como si no perteneciesen á la Iglesia. No solo no se prestan á sus disposiciones con la cooperacion de los buenos y fieles ministros, sino que las desaprueban en alta voz y se vanaglorian de desobedecerlas. Parece que los humille el nombre solo de inferiores. El corazon humano se resiste á la autoridad. ¡Cuantas veces sucede que personas que habian sido fieles á la amistad, se di-

viden y quedan enemistadas si una llega á un puesto mas elevado! Este es el efecto de la soberbia y de la naturaleza de ciertos hombres que no temen el ser tachados de orgullo, que sienten pasar por humildes y obedientes, que pretenden dominar á sus superiores, y se ofenden si no se les consulta en todo, y si algo se hace sin oírlos ó contra su dictamen. La menor falta de consideracion por parte del párroco los ofende, mientras que aguantan con heróica paciencia los mayores desaires de parte del siglo, y por motivos seculares. Hacen consistir la grandeza en insubordinarse contra sus superiores, mientras que, al contrario, para el verdadero sabio nada hay mas dulce y honorífico como la subordinacion. A estas personas convienen las palabras de Moisés á Coré y á sus compañeros : « ¡Ah! os alzais demasiado, ó hijos de Leví. ¿Acaso os parece poco que el Señor os haya separado de todo el pueblo, y haya permitido que os acerqueis para servirle en lo que concierne el tabernáculo, y ocupar el ministerio en lugar de todo el pueblo? ¿Acaso ha permitido Dios que te acercases, tú ó Coré y todos sus hermanos levitas, para usurpar el sacerdocio, y para que tu multitud se amotinase contra el Señor? » (*Num.*, c. 16.)

Y en este caso no podemos menos de proponer el ejemplo del mismo Moisés á los pastores que son victimas de la insubordinacion de sus inferiores. En vez de erigirse jueces y condenar á los que así desprecian su autoridad, se echa Moisés el rostro contra tierra : *Cecidit pronus in faciem* (*Num.*, c. 16, 5, 4), postrándose ante la magestad de Dios, para atraer en su corazon, con el sincero desprecio que mostraba de sí mismo, la luz y virtud de aquel que es guia de los hombres.